

“Los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y su Responsabilidad Social: la búsqueda de un mejor futuro para la Humanidad. ¿Qué significa ser creyente hoy?”

Introducción

Quiero dar a cada uno un afectuoso **saludo**. En primer lugar, a quienes vienen desde otros países hasta esta acogedora tierra colombiana y a la ciudad de Medellín; mi saludo se extiende, también, a los Antiguos Alumnos que desde los diversos rincones de Colombia se han dado cita aquí en el Colegio San Ignacio y, obviamente, en particular, a los Antiguos Alumnos de este Colegio que tienen la alegría de ser los anfitriones de este encuentro.

Mis sentimientos de gratitud al comité organizador de este 8º Congreso. Sé que desde hace muchos meses han estado de forma muy comprometida al frente de la preparación de este evento. Un **homenaje particular** de admiración y gratitud para Fabio Tobón Londoño y para Tom Bausch. Lamentablemente, ambos han fallecido casi simultáneamente un mes antes del Congreso. Fabio, Antiguo Alumno del Colegio San Bartolomé La Merced en Bogotá, expresidente Mundial de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y presidente del comité organizador, nos ha dejado el 17 de Julio, luego de una heroica lucha contra la enfermedad. Tom Bausch, por su parte, presidente de la Unión Mundial de Antiguos alumnos, de manera totalmente inesperada, ha fallecido al día siguiente, el 18 de Julio. Mil gracias a ambos por su testimonio de vida y por el liderazgo que ejercieron para dar vida a la Unión Mundial de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús. En verdad, somos todos deudores de sus esfuerzos.

Mis **agradecimientos** igualmente al **Colegio San Ignacio** de Medellín, al P. Provincial y al P. Rector, como también a los Directivos y miembros de ASIA Ignaciana, por su gentil acogida y por todo lo que han dispuesto para acogernos con la amabilidad paisa y hacernos sentir en casa.

1. De la “responsabilidad” a la “gratitud”.

El tema de la “responsabilidad social” escogido para el congreso es muy oportuno. Nos saca de nosotros mismos y nos hace pensar en lo que estamos haciendo y en lo que podemos hacer por el bien de otros y del mundo. Espero que la reflexión traerá muchos beneficios en los ámbitos personal, familiar, profesional y social de cada uno, como para el programa de acción de las Asociaciones de Antiguos Alumnos aquí representadas.

El objeto de esta temática juega un importante rol en la experiencia de la fe y, en consecuencia, en la propuesta educativa de la Compañía de Jesús. Puesto que me corresponde la delicada tarea de iniciar esta reflexión, quiero decir que **pretendo con mis palabras**

alcanzar tres objetivos: primero, ofrecer una perspectiva creyente en el enfoque de esta temática; segundo, enmarcarla en nuestra propuesta educativa ignaciana y, tercero, proyectarla hacia un compromiso colectivo en el horizonte global.

“Responsabilidad” tiene en la lengua castellana **dos vertientes de significado:** en la primera, “responsable” es quien está obligado ante sí mismo o ante los demás a realizar algo en su favor y, por tanto, debe rendir cuentas a otros de una tarea o misión encomendada, sea inmediatamente o en último término; en la segunda vertiente de significado, “responsable” es quien presta atención y cuidado. En la lengua inglesa, “responsabilidad” tiene que ver solo con el primer significado y está en el ámbito de lo que se ha denominado “accountability” o rendición de cuentas.

La tradición ignaciana, por su parte, **ha querido situar al ser humano no en la órbita de la “responsabilidad” sino en la del “agradecimiento”.** En sus Ejercicios Espirituales, Ignacio de Loyola, propone al ejercitante la posibilidad de “traer a la memoria los beneficios recibidos” (EE, 234) para suscitar en él sentimientos de gratitud y de generosidad en su respuesta. Ciertamente, lo que haría una persona noble y de valores es corresponder a las expresiones de bondad con que ha sido beneficiado y, así dar razón al dictado popular que sabiamente señala que “el amor con amor se paga”, precisando acertadamente como lo señala San Ignacio que “el amor se debe poner más en obras que en palabras” (EE, 230).

Solo quien ha tenido un **“conocimiento interno de tanto bien recibido”**, y un reconocimiento pleno de ellos, puede sentir el anhelo de orientar su vida de modo que pueda “en todo amar y servir” (EE, 233). Por esta vía, la espiritualidad ignaciana nos ofrece una sólida motivación para pasar a la acción o más exactamente para orientar nuestra vida al servicio de otros.

En este horizonte quiero invitarlos a considerar nuestra responsabilidad con los demás seres humanos (con los semejantes y los diferentes) y con la creación. Les propongo que situemos el tema de nuestra responsabilidad social más **en la lógica del amor y de la gratitud** que en la lógica que procede del deber, de la obligación, o de la “accountability”.

Con ello **no quiero debilitar el concepto de “accountability” restándole importancia.** Para ser “responsable” es esencial dar cuentas y asumir las consecuencias de los actos y decisiones; de hecho, en nuestras instituciones educativas estamos haciendo grandes esfuerzos para que todos -el Rector, los Directivos, los diferentes colaboradores y hasta los estudiantes- den cuenta de sus responsabilidades siendo capaces de entrar en un proceso de accountability... Lo que les propongo es que, además de tener como base esta dinámica que nos pide responder ante otros por lo que se nos ha confiado y mantener una transparencia total en el ejercicio de nuestro proceder, nos situemos en la dinámica de la gratitud o del agradecimiento, en fin, del reconocimiento de los bienes recibidos. Al igual que San Ignacio, considero que esta perspectiva nos mueve más poderosamente al servicio, puesto que suscita una dinámica de amorosa correspondencia.

Para concluir esta consideración inicial, podría señalar que **la experiencia de gratitud**, o del agradecimiento, es una de las características de quien está animado por **la Fe**.

Es la experiencia de quien sabe que todo en su vida es un regalo o don inmerecido; sabe que nada le pertenece y que todo le ha sido dado: su vida, su familia, sus capacidades, su educación, sus amistades, sus bienes, su salud, etc.

2. Reconocer el don recibido: “ser hombres y mujeres para los demás y con los demás”

La fuerza que movió el quehacer de Ignacio de Loyola luego de su conversión fue la gratitud por tanto bien recibido. De allí nació su anhelo de servir. **El fin mismo de la Compañía de Jesús**, estructurada con un grupo de compañeros de universidad igualmente motivados, fue justamente el de “**ayudar a los prójimos**”, del mismo modo que él mismo y sus compañeros habían sido ayudados a encontrar el fin y el sentido de sus vidas. Con la fundación de la Compañía, Ignacio quiso estructurar institucionalmente el ideal de servicio a otros como una manera de vivir, trabajar y ofrecerse a Dios, no apenas como individuos aislados sino con grupo de compañeros.

Y, si “Amar y servir” es el propósito de la Compañía de Jesús, ¿qué otra cosa podría esperarse de sus instituciones y en particular de las educativas? Esa fue la razón que movió a Ignacio a aceptar **la fundación de los Colegios**. Quiso que fueran instrumentos privilegiados para la formación de la juventud, de modo que ésta también pudiera anhelar “en todo amar y servir”, gracias a los conocimientos y al ejercicio de las virtudes allí adquiridos.

Es así como, los jesuitas, reconociendo tanto bien recibido, anhelamos ser seguidores y compañeros de Jesús, para **ayudar a otros en la adopción de esa misma sabiduría de vida**. Esto explica por qué, sin importar cuál sea nuestro ministerio, seremos siempre educadores que intentamos mostrar con nuestra vida y palabras el rostro de Dios que Jesús ha hecho patente, manifestándolo como fuente de la vida, del amor y del bien.

Esta sabiduría de la vida fue expresada de manera lúcida, en 1973, por el **P. Pedro Arrupe**, dirigiéndose a los Antiguos Alumnos de la Compañía en su conocido discurso de Valencia¹, España, titulado “Formación para la promoción de la Justicia”. Allí, el P. Arrupe señaló que, desde sus inicios, **la misión de la Compañía era formar “agentes de cambio”**, en la sociedad y en la Iglesia, para renovar y transformar las estructuras de convivencia en las que se percibían expresiones del pecado puesto que encarnaban relaciones injustas.

Arrupe subrayó que la promoción de la justicia era un elemento constitutivo de la misión de la Compañía, puesto que para Jesús el auténtico amor a Dios siempre está unido al del prójimo y de éste amor brotan las relaciones de justicia. Por ello de modo sintético expresó que nuestros alumnos y alumnas habrían de formarse como “**hombres y mujeres para los demás**”, es decir, no centrados en su “propio amor, querer o interés” (EE, 189) sino abiertos a otros y dispuestos al servicio de sus hermanos necesitados, en el marco de la promoción de la justicia.

¹ - ARRUPE Pedro, *Formación para la promoción de la Justicia*. Al Congreso de Antiguos Alumnos de Jesuitas. Valencia. 1973, en, “La Iglesia de hoy del futuro”. Ediciones Mensajero y Sal Terrae. España. pgs. 347-359.

Desde que el P. Arrupe hiciera ese llamado nuestros centros educativos y también los Antiguos Alumnos, a través de sus Asociaciones, cambiaron positivamente en este particular. Hoy, 40 años después, **la educación por la justicia**, y lo que ella implica de responsabilidad social, **se ha convertido en un sello distintivo de la educación de la Compañía de Jesús**. Aunque se ha caminado mucho en este sentido, aún debemos hacer más y continuamos en este empeño; lo cierto es que estamos lejos de las resistencias que la formación para la justicia social suscitó en los años 70.

En la actualidad, gran parte de nuestros centros educativos en el mundo tienen **programas serios, novedosos y creativos, para educar en el compromiso social**. Instituciones educativas de otras Congregaciones Religiosas, o incluso del Estado, aprovechan estos logros y piden asesoría en este campo. Sólo por citar ejemplos cercanos, en Colombia, los Colegios han implementado con éxito el programa de Formación y Acción Social (FAS); Fe y Alegría, en América Latina, está implementando el programa “Habilidades para la vida”; la FLACSI, la red de colegios de la Compañía de Jesús en América Latina, está promoviendo el programa “ignacianos por Haití”; programas todos que han posibilitado que nuestros alumnos y alumnas entren en contacto con la realidad social y de injusticia de manera antes impensable. En otras partes del mundo se tienen programas similares y el énfasis en grupos y experiencias de servicio social se han convertido en parte esencial de “nuestro modo de proceder” educativo. Es interesante anotar que como resultado de ello, muchos de nuestros ex alumnos o ex alumnas se han vinculado a programas de voluntariado social o a ONGs que sirven a los pobres, a los migrantes, a los desplazados y a los refugiados. En tal sentido, la respuesta de muchos Antiguos Alumnos ha sido de una generosidad extraordinaria.

Profundizando el llamado del P. Arrupe, su sucesor **el P. Peter-Hans Kolvenbach** señaló que nuestra tradición educativa quería formar **hombres y mujeres competentes, conscientes, y comprometidos con la compasión**². Es lo que, en el ámbito de la lengua inglesa, la pedagogía ignaciana ha denominado como las “3c”. En el ámbito de la lengua española, se ha traducido como las “4c”, es decir, competentes, conscientes, compasivos y comprometidos³. Personalmente prefiero esta versión española por que ofrece un énfasis mayor en estas dos últimas características.

Estos cuatro calificativos expresan la “excelencia humana” que la Compañía de Jesús quiere a los jóvenes que nos confía la sociedad: **competentes**, profesionalmente hablando, porque tienen una formación académica que les permite conocer con rigor los avances de la ciencia y de la tecnología; **conscientes**, porque además de conocerse a sí mismos, gracias al

² - Véase, la versión inglesa en: http://www.sjweb.info/documents/education/PHK_pedagogy_en.pdf, KOLVENBACH, PH., Carta de presentación del Documento “Ignatian Pedagogy: a Practical Approach”. 1993.

³ - Cf. Versión española: http://www.sjweb.info/documents/education/pedagogy_sp.pdf, en particular, el n. 19: “La educación jesuita, si realmente obtiene su objetivo, debe conducir últimamente a una transformación radical, no sólo de la forma de pensar y actuar ordinariamente, sino de la misma forma de entender la vida, como hombres y mujeres **competentes, conscientes y compasivos**, que buscan el «mayor bien» en la realización del **compromiso** de la fe y la justicia, para mejorar la calidad de vida de los hombres, especialmente de los pobres de Dios, los oprimidos y abandonados”.

desarrollo de su capacidad de interiorización y al cultivo de la vida espiritual, tienen un consistente conocimiento y experiencia de la sociedad y de sus desequilibrios; **compasivos**, porque son capaces de abrir su corazón para ser solidarios y asumir sobre sí el sufrimiento que otros viven; y **comprometidos**, porque, siendo compasivos, se empeñan honestamente y desde la fe, y con medios pacíficos, en la transformación social y política de sus países y de las estructuras sociales para alcanzar la justicia.

Dos años antes, el P. Kolvenbach, explicando quiénes éramos los jesuitas, había añadido acertadamente a la afirmación del P. Arrupe “para los demás” la expresión “**y con los demás**”, señalando de esa manera, en forma más completa, los propósitos de nuestra espiritualidad y de nuestra educación⁴. Así evidenciaba que nuestro empeño educativo pretendía formar no en el liderazgo solitario sino en el reconocimiento del otro, en el espíritu de la sana convivencia, en la labor de equipo, en el espíritu de la “colaboración” y del trabajo en común.

No es de extrañar, pues, que en la actual cultura globalizada en la que las fuerzas económicas predominantes enfatizan modelos educativos donde se privilegia el utilitarismo instrumental, **la Compañía de Jesús continúe fiel a su propósito de formar “hombres y mujeres para los demás y con los demás”**.

Esta manera de enfocar la educación permite a los jóvenes acceder a otra de las características de la fe. Se trata del **acceso a aquel tesoro escondido** que mostró Jesús: la alegría profunda y duradera de descubrir que **poner la vida al servicio de otros, o el darla por los demás**, renunciando a beneficios personales o grupales para buscar el bien más general, **no es perderla sino encontrarla** en su sentido más pleno.

3. Las interpelaciones de la “globalización”: la responsabilidad de un mayor servicio

Nuestra última Congregación General, la 35^a, órgano máximo de gobierno y de orientación de la Compañía de Jesús, consciente de los cambios sociales, culturales y tecnológicos que estamos viviendo globalmente, **acentuó algunos aspectos de nuestra misión y pidió formas más eficaces de servicio**, congruentes con los tiempos que corren. Con una conciencia más amplia y profunda de gratitud por los bienes y posibilidades existentes en el mundo de hoy, la CG nos hizo sentir la responsabilidad de entrar en mayor comunión con la misión que Dios está impulsando en medio de la humanidad y de la creación en los tiempos actuales para seguir ofreciéndole vida en abundancia y en plenitud.

Con el propósito de lograr una mayor eficacia o impacto en términos internacionales, la CG nos trazó el reto de aprovechar de una mejor manera el **potencial global que representa la presencia de la gran multiplicidad de nuestras instituciones apostólicas a nivel universal a través de la construcción de redes**. La expectativa es que ellas puedan impulsar proyectos más allá de las fronteras provinciales, nacionales o continentales. Es

⁴ - Cf. KOLVENBACH, P.H., *To friends and colleagues of the Society of Jesus*, en AR 20 (1991) 602. La expresión fue recogida en la CG 34, d. 13, n. 4.

evidente que, además de las tecnologías convenientes para ello, este empeño necesitará una nueva mentalidad y el uso de la imaginación y la creatividad. Desearíamos que los Antiguos Alumnos y Alumnas puedan ayudarnos a hacer esto posible, pues muchos de ustedes tienen una experiencia importante en el mundo de las redes y el trabajo global.

Al contemplar la complejidad de los desafíos que actualmente se presentan a toda la humanidad, la Compañía de Jesús se siente llamada a ejercer una **mayor “advocacy” o incidencia pública en favor de los últimos de la sociedad** en puntos claves de la vida económica, política, cultural y religiosa de los pueblos. Esto con el fin de ofrecer una contribución a los procesos de reconciliación entre las personas y de los pueblos entre sí, como también en la búsqueda de una relación más armoniosa de la humanidad con el medio ambiente.

Nuestro servicio a la reconciliación entre los seres humanos corresponde no solo al mandato evangélico sino a la existencia, al inicio del tercer milenio, de una nueva visión de humanidad que, con lúcida conciencia de la igual dignidad de todos los seres humanos, clama por **la superación de los prejuicios y las exclusiones actuales**. Sin duda, la comunidad internacional tiene aún un amplio trabajo que hacer en esta línea para establecer los instrumentos jurídicos que garanticen la pacífica y justa convivencia entre los pueblos. Esta visión, sin embargo, a nuestro juicio, permanecerá como un ideal inalcanzable si no se forman mentes y corazones capaces de comprender la unidad fundamental de los seres humanos en su diversidad, en su estrecha interdependencia y en la necesidad de acoger y afirmar al otro respetando su diversidad.

También se siente hoy de forma clamorosa que la humanidad está en deuda con el **equilibrio ecológico de nuestro planeta**. Somos más conscientes de la delicada interdependencia existente entre seres humanos y naturaleza. La crisis medio ambiental que percibimos nos afecta a todos, pero sin duda de manera más severa a quienes son más pobres. Nuestras instituciones toman conciencia de la importancia de esta dimensión en procesos educativos y ven la necesidad de actuar decididamente para estimular el respeto y solidaridad con la creación. Desearíamos que nuestras instituciones sean verdaderamente “verdes” porque viven y forman en la armonía con el medio ambiente.

De otro lado, tomamos conciencia que hasta ahora hemos educado a nuestros alumnos y alumnas en una visión local de pertenencia al colegio donde se han formado y, en consecuencia, guardan cariño por “su” colegio y sus compañeros. No obstante, en un contexto como el actual en el que se multiplican las redes sociales que atraviesan las fronteras geográficas, si anhelamos ofrecer un mayor servicio al interior de la comunidad internacional, es necesario formar **para una ciudadanía global**. Con ella queremos que nuestros alumnos y alumnas se sientan capaces de intervenir en el ámbito internacional y puedan asumir la nueva realidad de un mundo que se construye más allá de las estrechas fronteras nacionales donde todos somos ciudadanos corresponsables; un camino que se ofrece para el logro de este propósito es la pertenencia a las redes educativas y sociales de la Compañía o a las de Antiguos Alumnos que trabajan a favor de múltiples causas humanitarias. En este cambio de paradigma, que nuestras instituciones educativas están comenzando a asumir, la Unión Mundial de Antiguos Alumnos puede contribuir grandemente.

4. La vocación y la responsabilidad de custodiar y hacer crecer la vida

En la actual sociedad globalizada la gestión inteligente y crítica de la información juega un rol central. En tal contexto, participar o haber recibido una educación de calidad como la descrita es un bien incalculable. Este es nuestro caso. La educación que hemos recibido nos ha ayudado a encauzar constructivamente la imaginación y a desarrollar una estructura mental de análisis y de discernimiento para seguir aprendiendo de la vida. La Educación **nos ha permitido desarrollar valiosas capacidades humanas que, queramos o no, conceden una cierta porción de poder y de reconocimiento social.**

Si tal es nuestro caso, la experiencia de la gratitud por los bienes recibidos gracias a los procesos educativos que hemos vivido requiere una mirada más allá de nosotros mismos. No podemos olvidar que nuestra condición, **en este planeta** que es nuestra casa común, es de cierto privilegio, pues en él hay más de mil millones de hombres, mujeres y niños que van a dormir con hambre cada noche y no tienen acceso al agua potable; que un número mayor aún no ha recibido educación primaria y menos aún secundaria o universitaria; y, que lamentablemente, estamos impulsando un crecimiento económico desequilibrado y competitivo entre naciones que estimula la voraz explotación de los recursos del planeta con un severo deterioro del medioambiente, que genera conflictos violentos y un inequitativo usufructo de los bienes de la creación que beneficia particularmente muy pocos.

Estos inmensos desafíos evidencian que **es necesario hacer algo**; quien es creyente reconoce desde su fe que en **tal realidad no se refleja la voluntad de Dios**, sino más bien su rechazo y que allí se explicitan situaciones de pecado personal y social; su anhelo, en consecuencia, no es otro que transformar pacíficamente tales situaciones. Sabe que para ello se requieren hombres y mujeres capaces de compasión y generosidad; hombres y mujeres que dispongan su inteligencia, influjo social y creatividad ilustrada para crear una comunidad internacional menos desigual, más económicamente estable y ambientalmente sustentable; es decir, que asuman con toda pasión su vocación de custodiar y proteger el don de la vida en toda su sorprendente diversidad.

Justamente delante de estos retos quiso colocarse el Papa Francisco el pasado 19 de marzo, al iniciar su ministerio como sucesor de San Pedro. Este día, fecha en que la Iglesia celebraba la fiesta de San José, el Padre de Jesús y el esposo de María, el Papa Francisco señaló a toda la Iglesia y a los muchos líderes del mundo allí presentes en Roma, que la “vocación de custodiar” la vida es una misión que no atañe apenas a los creyentes sino que “es una dimensión que antecede” la opción de la fe porque “es simplemente humana” dado que “corresponde a todos”, y en particular a quienes ejercen el poder de las naciones. En efecto, al hablar de su nueva responsabilidad, el Papa Francisco, indicó que Jesús había concedido a Pedro un cierto poder, pero precisó que **el verdadero poder es ante todo el servicio** y que este encontraba **su culmen en la cruz**, es decir, en la donación de sí mismo.

Según estas palabras, **la honesta vocación y fuente de legitimidad de todo poder**, sea cual fuere, **es el de custodiar, proteger y servir a la vida**. Es el llamado presente en cada

consciencia a “tener cuidado y atención” permanentes por la vida de los seres humanos, empezando por quienes tienen su vida más amenazada o son frágiles, pero igualmente por las demás formas de vida presentes en la naturaleza.

Esta tarea, según el pensamiento del Papa, requiere ante todo el cuidado de sí mismo, es decir, de **los sentimientos que habitan el propio corazón** puesto que de él “salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen”⁵; pero sobre todo requiere de la bondad, e incluso de la ternura, que definió no como la virtud de los débiles, sino como un signo de fortaleza de ánimo, de compasión, de apertura al otro y de amor.

5. La educación de calidad para todos: sendero para la justicia y la paz en el mundo

En la misma línea del llamado del Papa Francisco a todos los que poseen una parcela del poder y, por tanto, una posibilidad de contribuir al crecimiento de la humanidad, el pasado 12 de julio, ante la Asamblea de la ONU, repleta de líderes mundiales, *Malala Yousafzai*, una joven paquistaní de 16 años, quien en octubre 2012 fuera víctima de un atentado por parte de un grupo talibán opuesto a la educación, ha pronunciado un breve y conmovedor discurso en el que concluyó de manera lapidaria que, “*un niño, un maestro, un libro, un lápiz, pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución*”⁶ contra las múltiples discriminaciones, exclusiones y guerras que afectan a millones de seres humanos. A su juicio, “los libros y los lápices son nuestras más potentes armas”. Con ello quería pedir a todos los responsables de las naciones una mayor inversión en escuelas, libros y maestros, para garantizar la instrucción primaria universal, de forma que en el 2015, como está propuesto, se pueda alcanzar uno de los objetivos del Milenio.

Probablemente, en la conquista de este propósito muchos países vienen haciendo ingentes esfuerzos por extender la cobertura educativa. Nosotros mismos, como Compañía de Jesús, hemos querido dar apoyo a esta dinámica que invita a los gobiernos a destinar mayores recursos en sus presupuestos para la educación, pero es verdad igualmente que los jesuitas nos sentimos interpelados a trabajar **no solo por la extensión sino por el ofrecimiento de una educación de calidad para los pobres**.

Es así como la Compañía de Jesús ha intensificado su trabajo educativo con los pobres y marginados a lo largo y ancho del mundo brindando una educación de calidad. Redes como Fe y Alegría en América Latina, los centros educativos para Adivasis (indígenas) y Dalits en la India, la educación ofrecida por el Servicio Jesuita a Refugiados y la red de colegios de Cristo Rey y las Nativity Schools en los Estados Unidos, junto a otros muchos esfuerzos, han dado respuestas creativas al desafío de brindar una **educación de calidad a los más pobres**, tal como se ha ofrecido en nuestros colegios tradicionales. Podemos afirmar que al día de hoy

⁵ **19 de Marzo 2013:** *Santa Misa en el solemne inicio de Pontificado de Su Santidad Francisco*, en www.vatican.va/holy_father/francesco/homilies/2013/index_sp.htm

⁶ - Video de su intervención completa en inglés: <http://www.youtube.com/watch?v=B5X70VylU0g> . Versión conclusiva, con subtítulos en español: <http://www.youtube.com/watch?v=EdZqPBPBQPI>

el número de alumnos desfavorecidos que reciben educación de la Compañía supera con creces a aquel de quienes proceden de nuestros colegios más tradicionales. Incluso, muchos Antiguos Alumnos de éstos colegios han contribuido notablemente a que estas nuevas experiencias sean exitosas o ellos mismos, a través de sus Asociaciones, han buscado contribuir a estos procesos de educación popular.

Esta contribución, sin embargo, no es más que una “gota” en el océano. Hay cientos de millones de niños y de jóvenes que en el mundo requieren más años de escolaridad. Esto significa que urge la extensión de la red educativa, pero también y sobre todo se requiere una educación de calidad que, desde las más diversas inspiraciones y pedagogías, los haga competentes, conscientes, comprometidos y compasivos, de forma que puedan ser “hombres y mujeres con los demás y para los demás” **en los diversos contextos sociales, culturales y religiosos de nuestro mundo**. Ciertamente, el camino hacia la justicia, la solidaridad, la reconciliación y la paz mundiales, será transitable en la medida que pueda ofrecerse a todos esa oportunidad.

6. Corresponder al don: un empeño por una educación de calidad para todos.

Sabiendo que este 8º Congreso Mundial de antiguos alumnos les ofrecerá una más lúcida conciencia del don recibido a través de los procesos educativos, quiero invitarlos a que lo hagan fructificar, no como un beneficio exclusivo para el logro de sus intereses personales sino como un **don que se transforma en tarea y compromiso**, a favor de la juventud de todo el mundo que sufre los vejámenes de la exclusión.

San Ignacio hizo llegar una carta a Felipe II, rey de España, a favor de la buena educación en la que le decía que “**todo el bien de la cristiandad y de todo el mundo, depende de la buena educación de la juventud**”⁷. En aquel tiempo solo una pequeña minoría recibía educación escolar. Hoy por el contrario, como lo hemos visto, toda la humanidad la requiere y quien sea excluido de ella, es condenado a la pobreza y la discriminación, y muchas veces empujado a la delincuencia.

Por tanto, todos los que hoy hacemos parte de “la familia ignaciana”, porque somos beneficiarios de esa espiritualidad y pedagogía, nos sentimos llamados a profundizar y a seguir ofreciendo en nuestras escuelas, colegios y universidades una educación de calidad. Pero, puesto que en el contexto mundial, nuestras instituciones numéricamente siempre serán una pequeña minoría, nos sentimos llamados a fortalecer la conciencia internacional acerca de la necesidad de una educación de calidad para todos, puesto que ella es un derecho de todo ser humano y, en consecuencia, **una exigencia para las políticas públicas** en torno a la educación.

⁷ Cf. KOLVENBACH, P.H., “Selección de Escritos, 1983-1990”. Edita, Provincia de España de la Compañía de Jesús. Arts & Press. 1992, pg. 453. Sin embargo, John W. O’Malley en su libro “The First Jesuits”. Harvard University Press. 1993, pg. 209, señala que la carta fue elaborada por Pedro de Ribadeneira, SJ, por encargo de San Ignacio, siendo aquél el autor de esta célebre frase.

Por esta razón, la Compañía de Jesús está promoviendo entre sus colaboradores, bienhechores y amigos, la constitución de una red internacional por **el derecho de todas las personas a una educación de calidad**. A este propósito, dicha red ha elaborado un documento que os invito a conocer y a reflexionar para que ayude a la acción, pues se requiere el esfuerzo plural de toda la sociedad⁸.

Estoy convencido que Ustedes, como Antiguos Alumnos de la Compañía, no apenas como individuos sino como Asociaciones en cada uno de los países donde están presentes, tienen posibilidades de incidir en tales políticas públicas para que los Estados, cada uno por su parte o aliados entre sí, den prioridad a la puesta en práctica de este derecho fundamental, logrando con ello un **paso fundamental para el ejercicio y respeto de los demás derechos**.

Puesto que una educación de calidad ofrece no solo conocimientos sino valores, ella podrá alcanzar los propósitos que *Malala*, la valiente joven paquistaní, ha propuesto a los líderes de la ONU pero irá mucho más allá, avanzando hacia la **superación de toda exclusión y discriminación** por motivos de género, nación, raza, religión o nivel socioeconómico.

Ustedes están en el corazón del mundo, trabajando en diversas instituciones sociales, privadas o públicas; cada día ejercen con sus análisis y decisiones la responsabilidad social, en el ámbito familiar, en el espacio profesional o en el terreno de las tareas públicas o políticas. Les propongo, por tanto, que como una de las conclusiones de este 8º Congreso la convicción expresada por S. Ignacio de que el bien del mundo y el significado del mensaje y vivencia cristianas “depende de la buena educación de la juventud” y, en consecuencia que, **junto con la Compañía de Jesús, ustedes también asuman el propósito de generar una amplia conciencia mundial a favor de una educación de calidad para todos**.

7. Conclusión: el creyente es responsable de sí, de la comunidad humana y de la creación.

Las muertes de Fabio Tobón y de Tom Bausch nos recuerdan un hecho determinante de nuestras vidas: la provisoriedad de nuestra existencia en este mundo. Su partida, que también un día cada uno de nosotros vivirá, nos interroga sobre nuestros orígenes, sobre nuestro destino y sobre el camino que hemos de asumir durante este tránsito espacio-temporal de nuestra vida. Sin duda hay muchas incógnitas e inquietudes que se colocan a nuestra inteligencia. Según la reciente Encíclica *Lumen fidei*, dada a conocer por el Papa Francisco, «**la luz de la fe** no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una **lámpara, guía nuestros pasos en la noche**, y eso basta para caminar» (n. 57).

Quien posee esta “lámpara” sabe que está en camino y que avanza hacia una plenitud que le espera y que es su futuro. Sabe igualmente que todo lo que tiene lo ha recibido y es don inmerecido: su vida, su salud o su enfermedad, su riqueza o su pobreza, sus triunfos o sus fracasos. Experimenta que todo ello proviene de la providencia amorosa de **Dios** a quien

⁸- *Promotio Iustitiae*, n. 110, publicación del Secretariado de Justicia Social y Ecología, de la Curia General de la Compañía de Jesús.

experimenta cercano, presente y activo en el mundo. Sabe y experimenta además, que como a él, Dios interpela, en lo más hondo de la conciencia a cada ser humano, creyente o no, **moviéndolo a la compasión y al bien**; sabe que mueve a todos a hacerse “responsables” de la vida, a hacerse “próximos” o “custodios” de sus hermanos y de la creación. Lleno de gratitud por esa bondadosa y discreta presencia de Dios en su vida y en la vida del mundo, que no impide su libertad de decisión, anhela no ser sordo a su llamado y corresponder generosamente.

Por otro lado, lejos de añorar que todo pasado fue mejor y de mirar la cultura presente con pesimismo o desconfianza por las transformaciones que se están realizando, las examina para percibir en ellas de qué modo se hace presente la acción de Dios. Su deseo es **descubrir los signos de tal presencia vivificadora en estos tiempos para sumarse a ella**. Por ello no quiere ni puede ser indiferente ante la realidad que lo rodea. Siente la responsabilidad de discernir qué es lo que en sí mismo, en la sociedad y en el mundo, hace crecer los seres humanos en respeto de su inalienable dignidad y en comunión entre sí. Tal fue la mirada, por ejemplo, de muchos misioneros y educadores jesuitas, como Mateo Ricci, en China, que entendió que Dios ya estaba trabajando en aquella milenaria cultura y que Dios había llegado a ella primero que él y que la Iglesia.

Es comprensible entonces que la fe sea entendida y vivida como doble experiencia de encuentro. Ante todo, con Aquel que, siendo fuente y destino de la vida, asumió la condición humana, en Jesús de Nazareth; el diálogo personal con este “maestro interior” que respetuosamente orienta el sagrado recinto de la conciencia, ofrece la luz que permite entenderlo como “camino, verdad y vida”. Y, esta honda experiencia de hacerse discípulo, lejos de conducir al individualismo o al solipsismo espiritual conduce a la otra experiencia de encuentro, o de comunión con otros que viven igual experiencia, en la Iglesia. En esta comunidad eclesial, a pesar de las limitaciones y opacidades institucionales que provienen de toda condición humana, a través de la fe transmitida de generación en generación, conserva signos y medios que dan la posibilidad de renovar y de nutrir la experiencia evangélica.

Finalmente, quien orienta su camino a la luz de la fe está habitado por el desafiante anhelo y la inalcanzable **utopía de hacer posible, en esta historia, la plena soberanía de Dios** y de su bondad; ante todo, en sí mismo, pero también en los demás seres humanos y sus comunidades; por ello, día a día, renueva su disposición personal de hacerse responsable de otros y, por tanto, de servir y de trabajar en favor del sueño que animó a Jesús de alcanzar una tierra nueva y de unos cielos nuevos donde “no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor” (Apocalipsis, 21, 4).

Muchas gracias.

Adolfo Nicolás, SJ

Prepósito General de la Compañía de Jesús

Medellín, 15 de Agosto de 2013

En la Fiesta de la Asunción de María,
Educatra de Jesús y de la Iglesia.